

jor era que nos dejasen. Y quiso nuestro Señor que los otros siguieron este consejo y parecer, y así se estorbó su propósito. A esta isla pusimos por nombre isla de Mal-Hado. La gente que allí hallamos son grandes y bien dispuestos; no tienen otras armas sino flechas y arcos, en que son por extremo diestros. Tienen los hombres la una teta horadada de una parte á otra, y algunos hay que las tienen ambas, y por el agujero que hacen, traen una caña atravesada, tan larga como dos palmos y medio, y tan gruesa como dos dedos; traen también horadado el labio de abajo, y puesto en él un pedazo de la caña delgada como medio dedo. Las mujeres son para mucho trabajo. La habitación que en esta isla hacen es desde octubre hasta en fin de hebrero. El su mantenimiento es las raíces que he dicho, sacadas de bajo el agua por noviembre y diciembre. Tienen cañales, y no tienen mas peces de para este tiempo; de ahí adelante comen las raíces. En fin de hebrero van á otras partes á buscar con qué mantenerse, porque entonces las raíces comienzan á nacer y no son buenas. Es la gente del mundo que mas aman á sus hijos y mejor tratamiento les hacen; y cuando acaesce que á alguno se le muere el hijo, llóranle los padres y los parientes, y todo el pueblo, y el llanto dura un año cumplido, que cada día por la mañana antes que amanezca comienzan primero á llorar los padres, y tras esto todo el pueblo; y esto mismo hacen al mediodía y cuando amanesce; y pasado un año que los han llorado, hácenle las honras del muerto, y lávanse y límpianse del tizne que traen. A todos los defuntos lloran de esta manera, salvo á los viejos, de quien no hacen caso, porque dicen que ya han pasado su tiempo, y de ellos ningún provecho hay; antes ocupan la tierra y quitan el mantenimiento á los niños. Tienen por costumbre de enterrar los muertos, sino son los que entre ellos son físicos, que á estos quémanlos; y mientras el fuego arde, todos están bailando y haciendo muy gran fiesta, y hacen polvo los huesos; y pasado un año, cuando se hacen sus honras todos se jasan en ellas; y á los parientes dan aquellos polvos á beber, de los huesos, en agua. Cada uno tiene una mujer conocida. Los físicos son los hombres mas libertados; pueden tener dos, y tres, y entre estas hay muy gran amistad y conformidad. Cuando viene que alguno casa su hija, el que la toma por mujer, dende el día que con ella se casa, todo lo que matare cazando ó pescando, todo lo trae la mujer á la casa de su padre, sin osar tomar ni comer alguna cosa de ello, y de casa del suegro le llevan á él de comer; y en todo este tiempo el suegro ni la suegra no entran en su casa, ni él ha de entrar en casa de los suegros ni cuñados; y si acaso se toparen por alguna parte, se desvian un tiro de ballesta el uno del otro, y entre tanto que así van apartándose, llevan la cabeza baja y los ojos en tierra puestos; porque tienen por cosa mala verse ni hablarse. Las mujeres tienen libertad para comunicar y conversar con los suegros y parientes, y esta costumbre se tiene desde la isla hasta mas de cincuenta leguas por la tierra adentro.

Otra costumbre hay, y es que cuando algun hijo ó hermano muere, en la casa donde muriere, tres meses

no buscan de comer, antes se dejan morir de hambre, y los parientes y los vecinos les proveen de lo que han de comer. Y como en el tiempo que aquí estuvimos murió tanta gente de ellos, en las mas casas habia muy gran hambre, por guardar también su costumbre y ceremonia; y los que lo buscaban, por mucho que trabajaban, por ser el tiempo tan recio, no podian haber sino muy poco; y por esta causa los indios que á mí me tenían se salieron de la isla, y en unas canoas se pasaron á Tierra-Firme, á unas bahías adonde tenían muchos ostiones, y tres meses del año no comen otra cosa, y beben muy mala agua. Tienen gran falta de leña, y de mosquitos muy grande abundancia. Sus casas son edificadas de esteras sobre muchas cáscaras de ostiones, y sobre ellos duermen en cueros, y no los tienen sino es acaso; y así estuvimos hasta en fin de abril, que fuimos á la costa de la mar, á do comimos moras de zarzas todo el mes, en el cual no cesan de hacer su areitos y fiestas.

## CAPITULO XV.

De lo que nos acaesció en la isla de Mal-Hado.

En aquella isla que he contado nos quisieron hacer físicos sin examinarnos ni pedirnos los títulos, porque ellos curan las enfermedades soplando al enfermo, y con aquel soplo y las manos echan de él la enfermedad, y mandáronnos que hiciésemos lo mismo y sirviésemos en algo; nosotros nos reiamos de ello, diciendo que era burla y que no sabiamos curar; y por esto nos quitaban la comida hasta que hiciésemos lo que nos decían. Y viendo nuestra porfía, un indio me dijo á mí que yo no sabia lo que decia en decir que no aprovecharia nada aquello que él sabia, ca las piedras y otras cosas que se erian por los campos tienen virtud; y que él con una piedra caliente, trayéndola por el estómago, sanaba y quitaba el dolor, y que nosotros, que éramos hombres, cierto era que teniamos mayor virtud y poder. En fin, nos vimos en tanta necesidad, que lo hobimos de hacer, sin temer que nadie nos llevase por ello la pena. La manera que ellos tienen en curarse es esta: que en viéndose enfermos, llaman un médico, y después de curado, no solo le dan todo lo que poseen, mas entre sus parientes buscan cosas para darle. Lo que el médico hace es dalle unas sajas adonde tiene el dolor, y chúpales al derredor de ellas. Dan cauterios de fuego, que es cosa entre ellos tenida por muy provechosa, y yo lo he experimentado, y me sucedió bien de ello; y después de esto, soplan aquel lugar que les duele, y con esto creen ellos que se les quita el mal. La manera con que nosotros curamos era santiguándolos y soplarlos, y rezar un *Pater noster* y un *Ave Maria*, y rogar lo mejor que podiamos á Dios nuestro Señor que les diese salud, y espirase en ellos que nos hiciesen algun buen tratamiento. Quiso Dios nuestro Señor y su misericordia que todos aquellos por quien suplicamos, luego que los santiguamos decían á los otros que estaban sanos y buenos; y por este respecto nos hacian buen tratamiento, y dejaban ellos de comer por dárnoslo á nosotros, y nos daban cueros y otras cosillas. Fué tan extremada la hambre que allí se pasó, que muchas veces estuve tres dias sin comer ninguna cosa, y ellos también lo

estaban, y parecíame ser cosa imposible durar la vida, aunque en otras mayores hambres y necesidades me vi después, como adelante diré. Los indios que tenían á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes, y á los demás que habian quedado vivos, como eran de otra lengua y de otra parentela, se pasaron á otra parte de la Tierra-Firme á comer ostiones, y allí estuvieron hasta el 4.º día del mes de abril, y luego volvieron á la isla, que estaba de allí hasta dos leguas por lo mas ancho del agua, y la isla tiene media legua de través y cinco en largo.

Toda la gente de esta tierra anda desnuda; solas las mujeres traen de sus cuerpos algo cubierto con una lana que en los árboles se cria. Las mozas se cubren con unos cueros de venados. Es gente muy partida de lo que tienen unos con otros. No hay entre ellos señor. Todos los que son de un linaje andan juntos. Habitan en ella dos maneras de lenguas; á los unos llaman de Capoques, y á los otros de Han: tienen por costumbre cuando se conocen y de tiempo á tiempo se ven, primero que se hablen estar media hora llorando; y acabado esto, aquel que es visitado se levanta primero y da al otro todo cuanto posee, y el otro lo rescibe, y de ahí á un poco se va con ello, y aun algunas veces después de rescebido se van sin que hablen palabra. Otras extrañas costumbres tienen; mas yo he contado las mas principales y mas señaladas por pasar adelante y contar lo que mas nos sucedió.

## CAPITULO XVI.

Cómo se partieron los cristianos de la isla de Mal-Hado.

Después que Dorantes y Castillo volvieron á la isla recogieron consigo todos los cristianos, que estaban algo esparcidos, y halláronse por todos catorce. Yo, como he dicho, estaba en la otra parte, en Tierra-Firme, donde mis indios me habian llevado y donde me habia dado tan gran enfermedad, que ya que alguna otra cosa me diera esperanza de vida; aquella bastaba para del todo quitármela. Y como los cristianos esto supieron, dieron á un indio la manta de martas que del Cacique habiamos tomado, como arriba dijimos, porque los pasase donde yo estaba, para verme; y así, vinieron doce, porque los dos quedaron tan flacos, que no se atrevieron á traerlos consigo. Los nombres de los que entonces vinieron son: Alonso del Castillo, Andrés Dorantes y Diego Dorantes, Valdivieso, Estrada, Tostado, Chaves, Gutierrez, asturiano, elérigo; Diego de Huelva, Estebanico el negro, Benitez; y como fueron venidos á Tierra-Firme, hallaron otro, que era de los nuestros, que se llamaba Francisco de Leon; y todos trece por luengo de costa. Y luego que fueron pasados, los indios que me tenían me avisaron de ello, y cómo quedaban en la isla Hierónimo de Alaniz y Lope de Oviedo. Mi enfermedad estorbó que no les pude seguir ni los vi. Yo hube de quedar con estos mismos indios de la isla mas de un año, y por el mucho trabajo que me daban y mal tratamiento que me hacian, determiné de huir de ellos y irme á los que moran en los montes y Tierra-Firme, que se llaman los de Charruco, porque yo no podia sufrir la vida que con estos otros tenía; porque, entre otros trabajos muchos, habia de sacar las raíces para comer de bajo del agua y entre las

HA.

cañas donde estaban metidas en la tierra; y de esto traía yo los dedos tan gastados, que una paja que me tocase me hacia sangre de ellos, y las cañas me rompian por muchas partes, porque muchas de ellas estaban quebradas, y habia de entrar por medio de ellas con la ropa que he dicho que traía. Y por esto yo puse en obra de pasarme á los otros, y con ellos me sucedió algo mejor; y porque yo me hice mercader, procuré de usar el oficio lo mejor que supe, y por esto ellos me daban de comer y me hacian buen tratamiento y rogábanme que me fuese de unas partes á otras por cosas que ellos habian menester; porque por razon de la guerra que continuo traen, la tierra no se anda ni se contrata tanto. E ya con mis tratos y mercaderías entraba la tierra adentro todo lo que queria, y por luengo de costa me alargaba cuarenta ó cincuenta leguas. Lo principal de mi trato era pedazos de caracoles de la mar, y corazones de ellos y conchas, con que ellos cortan una fruta que es como frisoles, con que se curan y hacen sus bailes y fiestas; y esta es la cosa de mayor precio que entre ellos hay, y cuentas de la mar y otras cosas. Así, esto era lo que yo llevaba la tierra adentro; y en cambio y trueco de ello traía cueros y almagra, con que ellos se untan y tiñen las caras y cabellos; pedernales para puntas de flechas, engrudo y cañas duras para hacerlas, y unas borlas que se hacen de pelos de venados, que las tiñen y paran coloradas; y este oficio me estaba á mí bien, porque andando en él tenia libertad para ir donde queria, y no era obligado á cosa alguna, y no era esclavo, y donde quiera que iba me hacian buen tratamiento y me daban de comer, por respeto de mis mercaderías, y lo mas principal porque andando en ello, yo buscaba por dónde me habia de ir adelante, y entre ellos era muy conocido: holgaban mucho cuando me vian y les traía lo que habian menester, y los que no me conocian me procuraban y deseaban ver, por mi fama. Los trabajos que en esto pasé seria largo contarlos, así de peligros y hambres, como de tempestades y frios, que muchos de ellos me tomaron en el campo y solo, donde por gran misericordia de Dios nuestro Señor escapé; y por esta causa yo no trataba el oficio en invierno, por ser tiempo que ellos mismos en sus chozas y ranchos metidos no podian valerse ni ampararse. Fueron casi seis años el tiempo que yo estuve en esta tierra solo entre ellos y desnudo, como todos andaban. La razon por que tanto me detuve fué por llevar conmigo un cristiano que estaba en la isla, llamado Lope de Oviedo. El otro compañero de Alaniz, que con él habia quedado cuando Alonso del Castillo y Andrés Dorantes con todos los otros se fueron, murió luego; y por sacarlo de allí yo pasaba á la isla cada año y le rogaba que nos fuésemos á la mejor maña que pudiésemos en busca de cristianos, y cada año me detenía diciendo que el otro siguiente nos iriamos. En fin, al cabo lo saqué y le pasé el ancon y cuatro rios que hay por la costa, porque él no sabia nadar, y así fuimos con algunos indios adelante hasta que llegamos á un ancon que tiene una legua de través y es por todas partes hondo; y por lo que de él nos pareció y vimos, es el que llaman del Espíritu Santo, y de la otra parte de él vimos unos indios, que vinieron á ver los nuestros, y nos dijeron cómo mas



adelante habia tres hombres como nosotros, y nos dijeron los nombres de ellos; y preguntándoles por los demás, nos respondieron que todos eran muertos de frio y de hambre, y que aquellos indios de adelante ellos mismos por su pasatiempo habian muerto á Diego Dorantes y á Valdivieso y á Diego de Huelva, porque se habian pasado de una casa á otra; y que los otros indios sus vecinos, con quien agora estaba el capitán Dorantes, por razon de un sueño que habian soñado, habian muerto á Esquivel y á Mendez. Preguntámosles qué tales estaban los vivos; dijéronnos que muy maltratados, porque los mochachos y otros indios, que entre ellos son muy holgazanes y de mal trato, les daban muchas coces y bofetones y palos, y que esta era la vida que con ellos tenian. Quesímonos informar de la tierra adelante y de los mantenimientos que en ella habia; respondieron que era muy pobre de gente, y que en ella no habia qué comer, y que morian de frio, porque no tenian cueros ni con qué cubrirse. Dijéronnos tambien si queriamos ver aquellos tres cristianos, que de ahí á dos dias los indios que los tenian venian á comer nueces, una legua de allí, á la vera de aquel rio; y porque viésemos que lo que nos habian dicho del mal tratamiento de los otros era verdad, estando con ellos dieron al compañero mio de bofetones y palos, y yo no quedé sin mi parte y de muchos pellazos de lodo que nos tiraban, y nos ponian cada dia las flechas al corazon, diciendo que nos querian matar como á los otros nuestros compañeros. Y temiendo esto Lope de Oviedo, mi compañero, dijo que queria volverse con unas mujeres de aquellos indios, con quien habiamos pasado el ancon, que quedaban algo atrás. Yo porfié mucho con él que no lo hiciese, y pasé muchas cosas, y por ninguna via lo pude detener; y así, se volvió, y yo quedé solo con aquellos indios, los cuales se llamaban quevenes, y los otros con quien él se fué llaman deaguanes.

## CAPITULO XVII.

Cómo vinieron los indios y trajeron á Andrés Dorantes y á Castillo y á Estebanico.

Desde á dos dias que Lope de Oviedo se habia ido, los indios que tenian á Alonso del Castillo y Andrés Dorantes vinieron al mismo lugar que nos habian dicho, á comer de aquellas nueces de que se mantienen, molliendo unos granillos con ellas, dos meses del año, sin comer otra cosa, y aun esto no lo tienen todos los años, porque acuden uno, y otro no; son del tamaño de las de Galicia, y los árboles son muy grandes, y hay gran número de ellos. Un indio me avisó cómo los cristianos eran llegados, y que si yo queria verlos me hurtase y huyese á un canto de un monte que él me señaló; porque él y otros parientes suyos habian de venir á ver aquellos indios, y que me llevarian consigo adonde los cristianos estaban. Yo me confié de ellos, y determiné de hacerlo, porque tenian otra lengua distinta de la de mis indios; y puesto por obra, otro dia fueron y me hallaron en el lugar que estaba señalado; y así, me llevaron consigo. Ya que llegué cerca de donde tenian su aposento, Andrés Dorantes salió á ver quién era, porque los indios le habian tambien dicho cómo venia un

cristiano; y cuando me vió fué muy espantado, porque habia muchos dias que me tenian por muerto, y los indios así lo habian dicho. Dimos muchas gracias á Dios de vernos juntos, y este dia fué uno de los de mayor placer que en nuestros dias habemos tenido; y llegado donde Castillo estaba, me preguntaron que dónde iba. Yo le dije que mi propósito era de pasar á tierra de cristianos, y que en este rastro y busca iba. Andrés Dorantes respondió que muchos dias habia que él rogaba á Castillo y á Estebanico que se fuesen adelante, y que no lo osaban hacer porque no sabian nadar, y que temian mucho los rios y ancones por donde habian de pasar; que en aquella tierra hay muchos. Y pues Dios nuestro Señor habia sido servido de guardarme entre tantos trabajos y enfermedades, y al cabo traerme en su compañía, que ellos determinaban de huir, que yo los pasaria de los rios y ancones que topásemos; y avisáronme que en ninguna manera diese á entender á los indios ni conociesen de mí que yo queria pasar adelante, porque luego me matarian; y que para esto era menester que yo me detuviese con ellos seis meses, que era tiempo en que aquellos indios iban á otra tierra á comer tunas. Esta es una fruta que es del tamaño de huevos, y son bermejas y negras y de muy buen gusto. Cómennas tres meses del año, en los cuales no comen otra cosa alguna; porque al tiempo que ellos las cogian venian á ellos otros indios de adelante, que traian arcos para contratar y cambiar con ellos; y que cuando aquellos se volviesen nos huiriamos de los nuestros, y nos volveriamos con ellos. Con este concierto yo quedé allí, y me dieron por esclavo á un indio con quien Dorantes estaba, el cual era tuerto, y su mujer y un hijo que tenia y otro que estaba en su compañía; de manera que todos eran tuertos. Estos se llaman mariames, y Castillo estaba con otros sus vecinos, llamados iguaces. Y estando aquí ellos me contaron que después que salieron de la isla de Mal-Hado, en la costa de la mar hallaron la barca en que iba el contador y los frailes al través; y que yendo pasando aquellos rios, que son cuatro muy grandes y de muchas corrientes, les llevó las barcas en que pasaban á la mar, donde se ahogaron cuatro de ellos, y que así fueron adelante hasta que pasaron el ancon, y lo pasaron con mucho trabajo, y á quince leguas adelante hallaron otro; y que cuando allí llegaron ya se les habian muerto dos compañeros en sesenta leguas que habian andado; y que todos los que quedaban estaban para lo mismo, y que en todo el camino no habian comido sino cangrejos y yerba pedrera; y llegados á este último ancon, decian que hallaron en él indios que estaban comiendo moras; y como vieron á los cristianos, se fueron de allí á otro cabo; y que estando procurando y buscando manera para pasar el ancon, pasaron á ellos un indio y un cristiano, y que llegado, conocieron que era Figueroa, uno de los cuatro que habiamos enviado adelante en la isla de Mal-Hado, y allí les contó cómo él y sus compañeros habian llegado hasta aquel lugar, donde se habian muerto dos de ellos y un indio, todos tres de frio y de hambre, porque habian venido y estado en el mas recio tiempo del mundo, y que á él y á Mendez habian tomado los indios, y que estando con ellos, Mendez ha-

bia huido yendo la via lo mejor que pudo de Pánuco, y que los indios habian ido tras él y que lo habian muerto; y que estando él con estos indios supo de ellos cómo con los marianes estaba un cristiano que habia pasado de la otra parte, y lo habia hallado con los que llamaban quevenes; y que este cristiano era Hernando de Esquivel, natural de Badajoz, el cual venia en compañía del comisario, y que él supo de Esquivel el fin en que habian parado el Gobernador y contador y los demás, y le dijo que el contador y los frailes habian echado al través su barca entre los rios, y viniéndose por luengo de costa, llegó la barca del Gobernador con su gente en tierra, y él se fué con su barca hasta que llegaron á aquel ancon grande, y que allí tornó á tomar la gente y la pasó del otro cabo, y volvió por el contador y los frailes y todos los otros; y contó cómo estando desembarcados, el Gobernador habia revocado el poder que el contador tenia de lugarteniente suyo, y dió el cargo á un capitán que traia consigo, que se decia Pantoja, y que el Gobernador se quedó en su barca, y no quiso aquella noche salir á tierra, y quedaron con él un maestre y un paje que estaba malo, y en la barca no tenian agua ni cosa ninguna que comer; y que á media noche el norte vino tan recio, que sacó la barca á la mar, sin que ninguno la viese, porque no tenia por reson sino una piedra, y que nunca mas supieron de él; y que visto esto, la gente que en tierra quedaron se fueron por luengo de costa, y que como hallaron tanto estorbo de agua, hicieron balsas con mucho trabajo, en que pasaron de la otra parte; y que yendo adelante, llegaron á una punta de un monte orilla del agua, y que hallaron indios, que como los vieron venir metieron sus casas en sus canoas y se pasaron de la otra parte á la costa; y los cristianos, viendo el tiempo que era, porque era por el mes de noviembre, pararon en este monte, porque hallaron agua y leña y algunos cangrejos y mariscos, donde de frio y de hambre se comenzaron poco á poco á morir. Allende de esto, Pantoja, que por teniente habia quedado, les hacia mal tratamiento, y no lo pudiendo sufrir Sotomayor, hermano de Vasco Porcallo, el de la isla de Cuba, que en el armada habia venido por maestre de campo, se revolió con él y le dió un palo, de que Pantoja quedó muerto, y así se fueron acabando; y los que morian, los otros los hacian tasajos; y el último que murió fué Sotomayor, y Esquivel lo hizo tasajos, y comiendo de él se mantuvo hasta 1.º de marzo, que un indio de los que allí habian huido vino á ver si eran muertos, y llevó á Esquivel consigo; y estando en poder de este indio, el Figueroa lo habló, y supo de él todo lo que habemos contado, y le rogó que se viniese con él, para irse ambos la via del Pánuco; lo cual Esquivel no quiso hacer, diciendo que él habia sabido de los frailes que Pánuco habia quedado atrás; y así, se quedó allí, y Figueroa se fué á la costa adonde solia estar.

## CAPITULO XVIII.

De la relacion que dió de Esquivel.

Esta cuenta toda dió Figueroa por la relacion que de Esquivel habia sabido; y así, de mano en mano llegó á mí, por donde se puede ver y saber el fin que toda

aquella armada hobo y los particulares casos que á cada uno de los demás acontecieron. Y dijo mas, que si los cristianos algun tiempo andaban por allí, podria ser que viesen á Esquivel, porque sabia que se habia huido de aquel indio con quien estaba, á otros, que se decian los mareames, que eran allí vecinos. Y como acabo de decir, él y el asturiano se quisieran ir á otros indios que adelante estaban; mas como los indios que lo tenian lo sintieron, salieron á ellos, y diéronles muchos palos, y desnudaron al asturiano, y pasáronle un brazo con una flecha; y en fin, se escaparon huyendo, y los cristianos se quedaron con aquellos indios, y acabaron con ellos que los tomasen por esclavos, aunque estando sirviéndoles fueron tan maltratados de ellos, como nunca esclavos ni hombres de ninguna suerte lo fueron; porque, de seis que eran, no contentos con darles muchas bofetadas y apalearlos y pelarles las barbas por su pasatiempo, por solo pasar de una casa á otra mataron tres, que son los que arriba dije, Diego Dorantes y Valdivieso y Diego de Huelva, y los otros tres que quedaban esperaban parar en esto mismo; y por no sufrir esta vida, Andrés Dorantes se huyó y se pasó á los mareames, que eran aquellos adonde Esquivel habia parado, y ellos le contaron cómo habian tenido allí á Esquivel, y cómo estando allí se quiso huir porque una mujer habia soñado que le habia de matar un hijo, y los indios fueron tras él y lo mataron, y mostraron á Andrés Dorantes su espada y sus cuentas y libro y otras cosas que tenia. Esto hacen estos por una costumbre que tienen, y es que matan sus mismos hijos por sueños, y á las hijas en nasciendo las dejan comer á perros, y las echan por ahí. La razon por que ellos lo hacen es, segun ellos dicen, porque todos los de la tierra son sus enemigos y con ellos tienen continua guerra; y que si acaso casasen sus hijas, multiplicarian tanto sus enemigos, que los sujetarian y tomarian por esclavos; y por esta causa querian mas matallas que no que de ellas mismas nasciese quien fuese su enemigo. Nosotros les dijimos que por qué no las casaban con ellos mismos. Y tambien entre ellos dijeron que era fea cosa casarlas con sus parientes, y que era muy mejor matarlas que darlas á sus parientes ni á sus enemigos; y esta costumbre usan estos y otros sus vecinos, que se llaman los iguaces, solamente, sin que ningunos otros de la tierra la guarden. Y cuando estos se han de casar, compran las mujeres á sus enemigos, y el precio que cada uno da por la suya es un arco, el mejor que puede haber, con dos flechas; y si acaso no tiene arco, una red hasta una braza en ancho y otra en largo. Matan sus hijos, y mercan los ajenos; no dura el casamiento mas de cuanto están contentos, y con una higa deshacen el casamiento. Dorantes estuvo con estos, y desde á pocos dias se huyó. Castillo y Estebanico se vinieron dentro á la Tierra-Firme á los iguaces. Toda esta gente son flecheros y bien dispuestos, aunque no tan grandes como los que atrás dejamos, y traen la teta y el labio horadados. Su mantenimiento principalmente es raíces de dos ó tres maneras, y búscanlas por toda la tierra; son muy malas, y hinchan los hombres que las comen. Tardan dos dias en asarse, y muchas de ellas son muy amargas, y con todo esto se sacan con mucho



trabajo. Es tanta la hambre que aquellas gentes tienen, que no se pueden pasar sin ellas, y andan dos ó tres leguas buscándolas. Algunas veces matan algunos venados, y á tiempos toman algun pescado; mas esto es tan poco, y su hambre tan grande, que comen arañas y huevos de hormigas, y gusanos y lagartijas y salamandras y culebras y víboras, que matan los hombres que muerden, y comen tierra y madera y todo lo que pueden haber, y estiércol de venados, y otras cosas que dejo de contar; y creo averiguadamente que si en aquella tierra hubiese piedras las comerian. Guardan las espigas del pescado que comen, y de las culebras y otras cosas, para molerlo después todo y comer el polvo de ello. Entre estos no se cargan los hombres ni llevan cosa de peso; mas llévanlo las mujeres y los viejos, que es la gente que ellos en menos tienen. No tienen tanto amor á sus hijos como los que arriba dijimos. Hay algunos entre ellos que usan pecado contra natura. Las mujeres son muy trabajadas y para mucho, porque de veinte y cuatro horas que hay entre dia y noche no tienen sino seis horas de descanso, y todo lo mas de la noche pasan en atizar sus hornos para secar aquellas raíces que comen; y desque amanesce comienzan á cavar y á traer leña y agua á sus casas y dar órden en las otras cosas de que tienen necesidad. Los mas de estos son grandes ladrones, porque aunque entre sí son bien partidos, en volviendo uno la cabeza, su hijo mismo ó su padre le toma lo que puede. Mienten muy mucho, y son grandes borrachos, y para esto beben ellos una cierta cosa. Están tan usados á correr, que sin descansar ni cansar corren desde la mañana hasta la noche, y siguen un venado; y de esta manera matan muchos de ellos, porque los siguen hasta que los cansan, y algunas veces los toman vivos. Las casas de ellos son de esteras, puestas sobre cuatro arcos; llévanlas á cuestras, y múdanse cada dos ó tres dias para buscar de comer; ninguna cosa siembran que se puedan aprovechar; es gente muy alegre; por mucha hambre que tengan, por eso no dejan de bailar ni de hacer sus fiestas y areitos. Para ellos el mejor tiempo que estos tienen es cuando comen las tunas, porque entonces no tienen hambre, y todo el tiempo se les pasa en bailar, y comen de ellas de noche y de dia; todo el tiempo que les duran exprímenlas y ábrenlas y pónenlas á secar, y después de secas pónenlas en unas seras, como higos, y guárdanlas para comer por el camino cuando se vuelven, y las cáscaras de ellas muélenlas y hácenlas polvo. Muchas veces, estando con estos, nos aconteció tres ó cuatro dias estar sin comer porque no lo habia; ellos, por alegrarnos, nos decian que no estuviésemos tristes; que presto habria tunas y comeriamos muchas, y beberiamos del zumo de ellas, y terniamos las barrigas muy grandes y estaríamos muy contentos y alegres y sin hambre alguna; y desde el tiempo que esto nos decian hasta que las tunas se hubiesen de comer habia cinco ó seis meses; y en fin, hubimos de esperar aquestos seis meses, y cuando fué tiempo fuimos á comer las tunas; hallamos por la tierra muy gran cantidad de mosquitos de tres maneras, que son muy malos y enojosos, y todo lo mas del verano nos daban mucha fatiga; y para defendernos de ellos hacíamos al derredor de la gente muchos

fuegos de leña podrida y mojada, para que no ardiesen y hiciesen humo; y esta defension nos daba otro trabajo, porque en toda la noche no hacíamos sino llorar, del humo que en los ojos nos daba, y sobre eso, gran calor que nos causaban los muchos fuegos, y salíamos á dormir á la costa; y si alguna vez podíamos dormir, recordábanos á palos, para que tornásemos á encender los fuegos. Los de la tierra adentro para esto usan otro remedio tan incompartible y mas que este que he dicho, y es andar con tizones en las manos quemando los campos y montes que topan, para que los mosquitos huyan y tambien para sacar debajo de tierra lagartijas y otras semejantes cosas para comerlas; y tambien suelen matar venados, cereándolos con muchos fuegos; y usan tambien esto por quitar á los animales el pasto, que la necesidad les haga ir á buscarlo adonde ellos quieren, porque nunca hacen asiento con sus casas sino donde hay agua y leña, y alguna vez se cargan todos de esta provision y van á buscar los venados, que muy ordinariamente están donde no hay agua ni leña; y el dia que llegan matan venados y algunas otras cosas que pueden, y gastan todo el agua y leña en guisar de comer y en los fuegos que hacen para defenderse de los mosquitos, y esperan otro dia para tomar algo que lleven para el camino; y cuando parten, tales van de los mosquitos, que parece que tienen enfermedad de sant Lázaro; y de esta manera satisfacen su hambre dos ó tres veces en el año, á tan grande costa como he dicho; y por haber pasado por ello, puedo afirmar que ningun trabajo que se sufra en el mundo iguala con este. Por la tierra hay muchos venados y otras aves y animales de las que atrás he contado. Alcanzan aquí vacas, y yo las he visto tres veces y comido de ellas, y parésceme que serán del tamaño de las de España; tienen los cuernos pequeños, como moriscas, y el pelo muy largo, merino, como una bernia; unas son pardillas, y otras negras, y á mí parecer tienen mejor y mas gruesa carne que las de acá. De las que no son grandes hacen los indios mantas para cubrirse, y de las mayores hacen zapatos y rodela; estas vienen de hácia el norte por la tierra adelante hasta la costa de la Florida, y tiéndense por toda la tierra mas de cuatrocientas leguas; y en todo este camino, por los valles por donde ellas vienen, bajan las gentes que por allí habitan y se mantienen de ellas, y meten en la tierra grande cantidad de cueros.

## CAPITULO XIX.

De cómo nos apartaron los indios.

Quando fueron cumplidos los seis meses que yo estuve con los cristianos esperando á poner en efecto el concierto que teníamos hecho, los indios se fueron á las tunas, que habia de allí donde las habian de coger hasta treinta leguas; y ya que estábamos para huirnos, los indios con quien estábamos, unos con otros riñeron sobre una mujer, y se apuñearon y apalearon y descalabraron unos á otros; y con el grande enojo que hubieron, cada uno tomó su casa y se fué á su parte; de donde fué necesario que todos los cristianos que allí éramos tambien nos apartásemos, y en ninguna manera nos podimos juntar hasta otro año; y en este tiempo yo pasé

## NAUFRAGIOS, Y RELACION DE LA JORNADA QUE HIZO Á LA FLORIDA.

muy mala vida, así por la mucha hambre como por el mal tratamiento que de los indios rescebia, que fué tal, que yo me hube de huir tres veces de los amos que tenia, y todos me anduvieron á buscar y poniendo diligencia para matarme; y Dios nuestro Señor por su misericordia me quiso guardar y amparar de ellos; y cuando el tiempo de las tunas tornó, en aquel mismo lugar nos tornamos á juntar. Ya que teníamos concertado de huirnos, y señalado el dia, aquel mismo dia los indios nos apartaron, y fuimos cada uno por su parte; y yo les dije á los otros compañeros que yo los esperaria en las tunas hasta que la luna fuese llena, y este dia era 1.º de septiembre y primero dia de luna; y avisélos que si en este tiempo no viniesen al concierto, yo me iria solo y los dejaria; y así, nos apartamos y cada uno se fué con sus indios, y yo estuve con los míos hasta trece de luna, y yo tenia acordado de me huir á otros indios en siendo la luna llena; y á 13 dias del mes llegaron adonde yo estaba Andrés Dorantes y Estebanico, y dijéronme cómo dejaban á Castillo con otros indios que se llamaban anagados, y que estaban cerca de allí, y que habian mucho trabajo, y que habian andado perdidos, y que otro dia adelante nuestros indios se mudaron hácia donde Castillo estaba, y iban á juntarse con los que lo tenían, y hacerse amigos unos de otros, porque hasta allí habian tenido guerra, y de esta manera cobramos á Castillo. En todo el tiempo que comíamos las tunas teníamos sed, y para remedio de esto bebíamos el zumo de las tunas y sacábamolo en un hoyo que en la tierra hacíamos, y desque estaba lleno bebíamos de él hasta que nos hartábamos. Es dulce y de color de arropo; esto hacen por falta de otras vasijas. Hay muchas maneras de tunas, y entre ellas hay algunas muy buenas, aunque á mí todas me parecían así, y nunca la hambre me dió espacio para escogerlas ni parar mientes en cuáles eran mejores. Todas las mas de gentes beben agua llovediza y recogida en algunas partes; porque, aunque hay rios, como nunca están de asiento, nunca tienen agua conocida ni señalada. Por toda la tierra hay muy grandes y hermosas dehesas, y de muy buenos pastos para ganados; y parésceme que seria tierra muy fructífera si fuese labrada y habitada de gente de razon. No vimos sierra por toda ella en tanto que en ella estuvimos. Aquellos indios nos dijeron que otros estaban mas adelante, llamados camones, que viven hácia la costa, y habian muerto toda la gente que venia en la barca de Peñalosa y Tellez, y que venian tan flacos, que aunque los mataban no se defendian; y así, los acabaron todos, y nos mostraron ropas y armas de ellos, y dijeron que la barca estaba allí al través. Esta es la quinta barca que faltaba, porque la del Gobernador ya dijimos cómo la mar la llevó, y la del contador y los frailes la habian visto echada al través en la costa, y Esquivél contó el fin de ellos. Las dos en que Castillo y yo y Dorantes íbamos, ya hemos contado cómo junto á la isla de Mal-Hado se hundieron.

## CAPITULO XX.

De cómo nos huimos.

Después de habernos mudado, desde á dos dias nos encomendamos á Dios nuestro Señor y nos fuimos huuyendo, confiando que, aunque era ya tarde y las tunas se

acababan, con los frutos que quedarían en el campo podríamos andar buena parte de tierra. Yendo aquel dia nuestro camino con hartó temor que los indios nos habian de seguir, vimos unos humos, y yendo á ellos, después de visperas llegamos allá, do vimos un indio que, como vió que íbamos á él, huyó sin querernos aguardar; nosotros enviamos al negro tras de él, y como vió que iba solo, aguardólo. El negro le dijo que íbamos á buscar aquella gente que hacia aquellos humos. El respondió que cerca de allí estaban las casas, y que nos guiaria allá; y así, lo fuimos siguiendo; y él corrió á dar aviso de cómo íbamos, y á puesta del sol vimos las casas, y dos tiros de ballesta antes que llegásemos á ellas hallamos cuatro indios que nos esperaban, y nos rescebieron bien. Dijímosles en lengua de mariames que íbamos á buscarlos, y ellos mostraron que se holgaban con nuestra compañía; y así, nos llevaron á sus casas, y á Dorantes y al negro aposentaron en casa de un físico, y á mí y á Castillo en casa de otro. Estos tienen otra lengua y llámense avavares, y son aquellos que solian llevar los arcos á los nuestros y iban á contratar con ellos; y aunque son de otra nación y lengua, entienden la lengua de aquellos con quien antes estábamos, y aquel mismo dia habian llegado allí con sus casas. Luego el pueblo nos ofresció muchas tunas, porque ya ellos tenían noticia de nosotros y cómo curábamos, y de las maravillas que nuestro Señor con nosotros obraba, que, aunque no hubiera otras, hartó grandes eran abrírnos caminos por tierra tan despoblada, y darnos gente por donde muchos tiempos no la habia, y librarnos de tantos peligros, y no permitir que nos matasen, y sustentarnos con tanta hambre, y poner aquellas gentes en corazon que nos tratasen bien, como adelante dirémos.

## CAPITULO XXI.

De cómo curamos aquí unos dolientes.

Aquella misma noche que llegamos vinieron unos indios á Castillo, y dijéronle que estaban muy malos de la cabeza, rogándole que los curase; y después que los hubo santiguado y encomendado á Dios, en aquel punto los indios dijeron que todo el mal se les habia quitado; y fueron á sus casas y trujeron muchas tunas y un pedazo de carne de venado; cosa que no sabíamos qué cosa era; y como esto entre ellos se publicó, vinieron otros muchos enfermos en aquella noche á que los sanase, y cada uno traia un pedazo de venado; y tantos eran, que no sabíamos adónde poner la carne. Dimos muchas gracias á Dios porque cada dia iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron á bailar y hacer sus areitos y fiestas, hasta otro dia que el sol salió; y duró la fiesta tres dias por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante, y por la gente que en ella halláramos, y los mantenimientos que en ella habia. Respondiéronnos que por toda aquella tierra habia muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente habia, porque todos eran idos á sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy fria y en ella habia muy pocos cueros. Nosotros viendo esto, que ya el invierno y tiempo frio entraba, acordamos de pasarlo con estos. A cabo de cinco dias que allí habíamos lle-